

Ángel Gómez Moreno: humanismo y amistad

ÁLVARO BUSTOS TAULER

Universidad Complutense de Madrid

alvarobustos@filol.ucm.es

Como muchos alumnos de Hispánicas, conocí al Profesor Ángel Gómez Moreno en las aulas de Filología de la Complutense durante los años 90: se percibía en sus lecciones una bonhomía cervantina combinada con una exuberante pasión por el saber y su transmisión. Se trataba de la asignatura anual de Literatura castellana medieval, que ha impartido a lo largo de casi cuatro décadas. Los estudiantes observábamos también la desbordante actividad derivada de su dedicación al Vicedecanato de Relaciones Internacionales de la Facultad de Filología: en cierta ocasión, nos asombramos porque llegó a clase directamente desde el aeropuerto, después de una noche de viaje sobre el Atlántico. Ser el Vicedecano de la titulación con más Erasmus entrantes de la Universidad (y posiblemente de Madrid y de España) conllevaba un ritmo de trabajo absolutamente vertiginoso; el cargo le exigía, pero ni se excusaba, ni se ausentaba. Lo fascinante es que tal ritmo resultaba compatible con su ejemplar dedicación a familia, amigos y discípulos, según fui comprobando en primera persona.

Los ochenta fueron los años de su doctorado, a propósito del *Proemio e carta* del Marqués de Santillana, pero también los de la fijación de la historia de la literatura medieval castellana a través de los volúmenes de *Historia crítica de la literatura hispánica*, en Taurus, que marcarían el paso a las posteriores aproximaciones de los especialistas: *La poesía lírica medieval* (1987) y *La poesía épica y de clerecía medievales* (1988), ambos con Carlos Alvar; y el de teatro medieval (1991), junto a Fernando Gómez Redondo. Este último lo epilogó con un librito propio y original, también en Taurus y también de 1991, *El teatro medieval castellano en su marco románico*, asedio de veras refrescante al teatro de los orígenes: fren-

te a las visiones positivistas extremas de autores como Humberto López Morales o Fernando Lázaro Carreter (que llegan a cuestionar la propia existencia en Castilla del fenómeno dramático medieval de los orígenes), Gómez Moreno amplía la perspectiva de lo teatral y de sus marcas, con un criterio sumamente novedoso y un análisis de fuentes indirectas que se ha revelado muy oportuno en deslindes sucesivos.

Para cuando publica su tesis doctoral en la Barcelona previa al quinto centenario (*El “Prohemio e carta” del Marqués de Santillana y la teoría literaria del siglo xv*, PPU, 1990) ya había divulgado artículos y monografías de primer nivel, con un buen hacer y una solvencia filológica nada frecuentes. También en 1990 había visto la luz su primera edición crítica, nada menos que las *Obras completas* de Santillana (Planeta, 1988) junto al sabio Maxim P. A. M. Kerkhof (siempre cerca de sabios y amigos, un “durable placer”, como dice Sem Tob, y marca de la casa). Volvería a menudo sobre el Marqués, a quien explicaba con devota pasión (y preguntaba sistemáticamente en los exámenes finales: era algo bien conocido y los alumnos despiertos lo avisaban de año en año...). Abundó sobre dicho trabajo en ediciones posteriores, que corregían la primera y la actualizaban: *Obras completas* (Madrid, Fundación Antonio de Castro, 2002) y *Poesías completas* (Madrid, Castalia, 2003), de nuevo con Kerkhof.

Si Domingo Yndurain citaba a Santillana, Mena y Manrique como los tres poetas mayores del xv, aserto que la investigación ha venido asentando en toda una generación de especialistas en cancioneros y poesía del Cuatrocientos, lo cierto es que para cada uno de ellos ha ofrecido Gómez Moreno el fruto granado de su trabajo con fuentes primarias: además de las ediciones de Íñigo López de Mendoza, resultan inexcusables los volúmenes *Obras Completas* de Juan de Mena (Madrid, Biblioteca Castro, 1994), esta vez de la mano de su mujer, Teresa Jiménez Calvente, y *Poesías completas* de Jorge Manrique (Madrid, Alianza Editorial, 2000), que también solía explicar en el aula con el rigor requerido.

No se trataba solo de poner a disposición del curioso lector la edición limpia y anotada de los clásicos de los albores de nuestro Humanismo, sino también de abordarlos con aires nuevos y trabajos tan concienzudos como inspiradores. Véanse sus lecciones acerca del Mena vindicado por la generación de los Reyes Católicos o, más recientemente, sus reflexiones ecdóticas acerca de una variante del primer octosílabo de las celeberrísimas

Coplas de don Jorge: “Recuerde el alma adormida”: tanto una pequeña variante como la edición de miles de versos justifican la puesta en marcha de su pasión investigadora, y polígrafa, de veras excepcional. Son cientos los artículos y capítulos de los más variados asuntos de las letras españolas medievales y renacentistas, muchos de los cuales algunos de sus amigos hemos podido conocer *in fieri*, mientras los cocinaba en el ordenador de su despacho de Chamartín o nos los cantaba al teléfono o durante una comida. Quienes le conozcan bien sabrán que siempre se ha entregado con tanta erudición como pertinencia a ingenios, tradiciones, géneros y títulos que coseen nuestra entera tradición medieval y aurisecular: de *Razón de amor* a Cervantes, del *Auto de los Reyes Magos* a Quevedo, del Romancero a *Celestina*, pasando por el Arcipreste, Garcilaso o san Juan de la Cruz.

Una red de intereses tan vasta y un afánecdótico tan esmerado solo pueden explicarse a través de un fundamento muy sólido en tareas de archivo y de confrontación con fuentes primarias, al modo de los humanistas: los primeros años ochenta, además del paso por las universidades de Valladolid y Autónoma de Madrid, habían sido a su vez los de colaboración con el no menos sabio Charles B. Faulhaber en el marco del proyecto de Humanidades Digitales más antiguo del hispanismo, *Philo-Biblon*, la gran base de datos de manuscritos castellanos presentes en las distintas bibliotecas del mundo, disponible en la red desde 1997 (y con ampliaciones continuadas desde 1975). Más allá de los diferentes resultados tecnológicos (desde BOOST [1984] a ADMYTE [1992], sin orillar la enciclopedia *Micronet*) y de la interfaz de *PhiloBiblon*, incansablemente promovida por Faulhaber, y sumadas las campañas de descripción de manuscritos en bibliotecas de todo el planeta (en la del Palacio Real apareció la célebre *Celestina* de Palacio), el empeño codicológico ha sido para Gómez Moreno una fuente fecunda de intercambio académico y convivial mediante el envío de fichas y referencias de manuscritos de enorme interés a quienes precisáramos un apunte eruditio o la descripción de algún códice desconocido. La crítica de exploradores ha constituido una acusada pasión, hasta fechas recientes, en bibliotecas distintas y distantes, como los archivos catedralicios de Palencia y Zamora, o los reservorios de Palacio, El Escorial o Liria.

El acendrado conocimiento de nuestras bibliotecas permitió la elaboración de una monografía llena de noticias, anudadas por un principio

hermenéutico sólido y contrario a prejuicios harto arraigados en ciertos pagos internacionales: la hermandad cultural de la Romania y la proximidad cultural que se percibe entre las penínsulas itálica e ibérica. En la prestigiosa Biblioteca Románica Hispánica de Gredos vio la luz *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos* (1994), monografía llena de sugerentes referencias de archivo que parten de una expresiva sintonía entre las letras clásicas, toscanas y españolas. El libro constituye una apasionada aproximación a los frutos del humanismo castellano, bastante más fecundos de lo que una atención puntual podría esbozar. Alguno se preguntará qué fue de los “segundos” ecos; es pregunta de fácil respuesta, a la vista del conjunto de su obra investigadora posterior.

De hecho, si los años previos al cambio de siglo son los de la consagración a (y con) las fuentes primarias, las dos últimas décadas se han distinguido por una brújula hasta cierto punto opuesta, en forma de una libre profundización en textos y universos literarios, siempre en la vanguardia de la investigación y sin dejar de lado la precisión filológica, la vocación erudita y un estilo depurado, preciso, muy personal. Dentro de ese camino cabría vislumbrar lo que va de la filología al comparatismo, siempre con datos, fuentes y apuntes reveladores, que hemos ido disfrutando los receptores de sus frecuentes mensajes de divulgación, acompañados siempre por su cariño de Maestro. Conserva uno, por ejemplo, decenas de versiones, borradores y textos en constante y creciente evolución que nacieron al calor de alguna comunicación o capítulo, y que se convirtieron en libros de referencia. Es el caso de las *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)* (Madrid-Fráncfort: Iberoamericana-Vervuert, 2008), premiado por La Corónica (*International Award to 2008 Best Book*, MLA-La Corónica 2010); allí se adentraba en el campo de la hagiografía, a menudo dejado de la mano por los filólogos: revelar los elementos comunes a las *vitae*, mostrar los recursos narrativos de los autores de legendarios y vidas de santos o releer a Cervantes o *La Celestina* desde esta ladera, de Vorágine a Ribadeneira, resultó un empeño sumamente fértil y motivador.

Guarda uno también decenas de borradores, propuestas, apuntes y versiones de otros volúmenes (rige un característico principio creativo, también marca de autor, según el cual la génesis de nuevos libros se da por revisión y adición de materiales, como sucede con los cancioneros

medievales). *La Breve historia del medievalismo panhispánico* (Madrid-Fráncfort: Iberoamericana-Vervuert, 2011) ofrece una meritaria historia de nuestra disciplina, empresa apasionante como pocas (y difícil: nunca será fácil acopiar y sintetizar esos saberes en un volumen). Solo podría haberlo escrito quien de verdad conoce la trayectoria del hispanismo por haberla protagonizado. Apenas un lustro después, el *Homenaje a Cervantes y a cinco cervantistas* (Madrid: Sial, 2016) contiene otras tantas y enjundiosas lecciones del corpus de nuestro escritor universal en su cuarto centenario; pero alberga también, desde el título, el prólogo y las dedicatorias, el afecto fiel y la lealtad incombustible de quien ha leído y disfrutado durante décadas junto a sus amigos y alumnos, que superan con larguezas las lindes complutenses. No en balde, como miembro y luego presidente de las comisiones de las Habilitaciones Nacionales a Profesor Titular o Catedrático en la ANECA, ha devenido maestro, directo o indirecto, de varios colegas de un buen número de universidades españolas.

Cumplido su esfuerzoecdótico-filológico, satisfecha la tarea con las fuentes primarias y rematadas decenas de aportaciones a géneros y autores canónicos, se antojaba incluso esperable que el último decenio de sus pesquisas haya ofrecido una fascinante cosecha de trabajos heterogéneos, cortados por el patrón de la libertad creativa, a menudo condicionado por un esfuerzo docente en materias menos próximas al medievalismo y más cercanas a dominios como el cervantino, el oralista o el puramente comparatista. Que Ángel haya escrito sobre literatura y ornitología, sin pasar de largo por la botánica o los clásicos, no es en realidad un viraje, sino la lógica consecuencia de una trayectoria que aborda el hecho literario en su conjunto, sin separarse nunca de obras como el *Libro de buen amor* o fenómenos como la cercanía entre literatura y artes visuales.

Botón de muestra es el más personal de sus volúmenes, “*La huella del león*” y el “*Indovinello veronese*” en *La Mancha* (Granada: Universidad de Granada, 2017). Una pervivencia oral de ámbito familiar constituye el punto de partida para el comparatismo con textos y contextos alejados en apariencia, como la literatura sapiencial del siglo XIII, las letras italianas del Medievo o la cultura oral de espacios manchego-quijotescos. El viaje, como suyo, es también un viaje interior y un viaje al origen, así como un recorrido sabio, memorial y etnográfico por los amores más hondos.

Gómez Moreno ha dirigido el Grupo de investigación de la UCM *Sociedad y literatura hispánicas entre la Edad Media y el Renacimiento* hasta su jubilación. Al abrigo de dicho equipo (y de un buen número de proyectos de investigación I+D+i del MINECO) ha promovido investigaciones de la mayor enjundia. No se dirigen veinticuatro tesis sin pasión por el saber, pero tampoco sin un verdadero interés por la persona que está detrás del doctorando. En la tradición clásica la justicia no es estrictamente la igualdad: se le da a cada uno lo suyo, pero aprendiendo a tratar a cada uno según sus preferencias, caracteres y necesidades; lo cual se advierte tanto en pláticas incidentales como en reuniones de labor (a menudo alrededor de una mesa). En todos los casos, Gómez Moreno ha obrado con una lealtad ejemplar y ha contribuido a conformar una amplia nómina de discípulos, entre los que me honra contarme. *Vivant professores.*